

Ricardo Bada, colaborador de *Artes*, la revista, nos envía el siguiente escrito, firmado por Enrique G de la G

## El arte de morir. Los (falsos) retratos de Séneca

Enrique G de la G

A Lucas S.

*"Bastante me fatiga tener que arrastrar este simulacro en que la naturaleza me ha encarcelado. ¿Consentir además que se perpetúe la imagen de esta imagen?"*

*Plotino*

Insospechadas torpezas nos llevaron a desconocer la fecha exacta del nacimiento de Séneca. Las estimaciones recaen entre los años 2 a.C. y 4 d.C. Ésta ha sido la mejor oportunidad del hado para celebrar al cordobés durante seis años seguidos. Cerramos ahora los dos mil ¿ó 2001, 2002, 2003...? años del nacimiento de Séneca con un vistazo a algunas de sus estampas<sup>1</sup>.

### El Séneca de la antigüedad

Además de Sócrates, hubo otro filósofo de la antigüedad fotogénico, otro santo de la liturgia filosófica, cuya muerte también ha sido motivo de sucesivos retornos, a lo Ulises. Es



Ilustraciones por Mauricio Rodríguez Marín, estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia

llamativo que la retratística de Séneca calcara los motivos del arte cristiano, y paganizados, los trasvasara a la parafernalia filosófico-humanística. Un fondo diverso, contrario a la liturgia eclesiástica, pero la misma forma.

Séneca fue vilipendiado y desterrado a Córcega tras seducir y raptar a Julia Livilla, sobrina de Claudio y hermana de Calígula. La historia del romance se confunde, o así lo desea la tradición, con una intriga de palacio. Tras la muerte del César, Agripina, hermana de Julia, invoca la gracia de Nerón hasta conseguir el retorno de Séneca a la Urbe, donde fue maestro del propio emperador. Pero cuando éste desató su terror, Séneca se retiró, aparentemente, a escribir. Pronto se le encontró comprometido con la revuelta de Gayo Calpurnio Pisón, junto con su sobrino Lucano y el poeta Petronio. Fueron todos obligados al suicidio. Además de un puñado de amigos, un balde de agua tibia y un cuchillo serán los únicos testigos de la muerte del cordobés.

La historia de la muerte de Séneca se propagó, legendaria, por el mundo antiguo. Tácito actuó como el hermes mensajero del espíritu senequista en la Roma imperial. Cundieron en

tonces los bustos de un hombre cansado, viejo, con la mirada triste. El fuerte realismo helenístico los caracterizó. La tradición lo identificó con Séneca y, así, su rostro pasó a los siglos venideros.

### Séneca como ornamento

No sólo los artistas romanos celebraron a Séneca. Los siglos XIV, XVII y XVIII fueron decisivos para la fama pública de Séneca, fama rayana en la idolatría entre los cultos, o al menos, en una veneración reverencial. A finales del siglo XVI, el editor Fulvio Orsini reprodujo un hato de ilustraciones con el semblante de Séneca. La tristeza y el desaliño no sorprendieron a nadie, conocedores de la sentencia de Nerón. Era justo —se pensaba— retratar a un Séneca decrepito. Acaso poco críticos, no supieron relacionar la iconografía con las cartas y frases donde se aprecia el espíritu del filósofo:

“Despreciad la pobreza, pues nadie vive con tanta como la que tuvo cuando nació. Despreciad el dolor, pues o él se acabará u os acabará. Despreciad la fortuna, porque no le di armas con que pudiese ofender el ánimo. Despreciad la muerte, que os acaba o transfiere” (De la divina providencia 6).

En el siglo XIV, las representaciones pictóricas de Séneca se multiplicaron sin tregua, azuzadas por Petrarca y Tácito. Y no sólo eso, también ciertas escenas de sus tragedias. Una de las mejor aceptadas fue una Hécuba, con el hijo muerto en sus rodillas, un remedo pagano de la Pietá inspirado en las Tróades (o Troyanas).

Los siglos posteriores fueron también benignos con el filósofo español. Un caso singular es el de Gerrit van Honthorst (1590-1656), pintor de Utrecht, conocido en Italia como Gerardo della Notte por sus magistrales nocturnos en claroscuro, quien se ocupó con fruición de la muerte de Séneca.

En este cuadro, el anciano Séneca sufre las cortaduras de las venas de pies y manos, y en un escorzo patético, muestra la ancianidad de su cuello. En el cuello demacrado aparece la muerte. Séneca no es un hombre débil, indefenso; presume de su musculatura. Pero en las venas y estrías del cuello descansa su debilidad, que es la debilidad del compromiso con la filosofía y la elegida impotencia del mártir. Un jovencito que recuerda a san Juan Evangelista, absorto en sus pensamientos, descansa en la palma de su mano la cabeza, y con la diestra empuña la pluma, acaso para legar a la posteridad la vibración del momento. El resto de los personajes se apiñan alrededor del moribundo. De cierta manera la iconografía cristiana aparece otra vez: las expresiones de los testigos emulan aquellas otras ya típicas en los descendimientos de la Cruz; la misma semidesnudez del filósofo

fo subraya este recuerdo. Por si no fuera suficiente, la postura del moribundo que se recuesta, sutil, en el pecho del amigo recuerda el cadáver de Cristo en brazos de María.

### **Séneca a los ojos de Rubens**

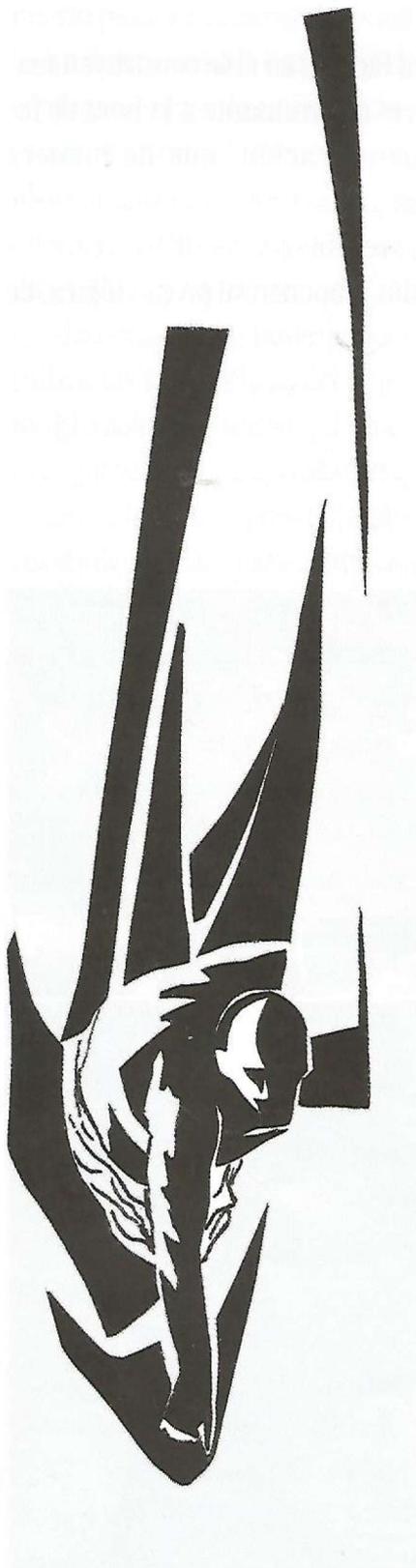
Séneca arribó a Flandes invitado por el humanista Justo Lipsius (1547-1606). La filosofía de Lipsius se inspira en su estoicismo. Lipsius, amigo de la familia Rubens, intimó con los hermanos Peter Paul y Philipp, hasta condicionar el arte del primero y el pensamiento del segundo.

La fascinación de Rubens por Séneca se advierte en diferentes bocetos. Ese encanto es un contagio de Lipsius, el personaje central de *Los cuatro filósofos*, acicalado en una piel fina, mientras comenta una de las epístolas del cordobés, quien vigila con su mirada pétrea desde una ventera. Los tulipanes exageran aún más la devoción del grupo de amigos: los dos Rubens, Lipsius y Jan Voverius.

La obra más reconocida del Rubens senequista, y seguramente el óleo más famoso sobre Séneca, se encuentra en el Museo del Prado. Rubens trabajó *La muerte de Séneca* en 1636, aunque hoy se concuerda que el maestro sólo realizó el rostro y los ayudantes de su taller el resto. De nuevo se presenta, la iconografía cristiana se presenta. La postura del filósofo es la misma que la de Jesucristo en muchos bautismos en el Jordán, e incluso en alguna resurrección y ascensión. La semidesnudez, por añadidura, es la del calvario. La palangana recuerda el lavatorio de los pies, y tampoco falta el adolescente ingenuo, sonriente como un san Juan.

### **Séneca restituido**

Rubens y la tradición lo habían ya consagrado en la plástica, injusta y falazmente, como el hombre triste. La figura de Séneca se desencajaba de su propia enseñanza respecto de la muerte. Sin embargo, el engaño, o el atolondramiento, no podía durar para siempre. Un hallazgo arqueológico en la iglesia Santa Maria in Domenica de



Roma cambió la historia de los retratos de Séneca. En efecto, en 1813 se descubrió que el busto propagado por Fulvio Orsini no pertenecía a Séneca sino —se conjeturó— a Hesiodo, Eurípides o Calímaco. El melancólico personaje no podía ser el filósofo estoico: ¿un rostro desgajado por el miedo a la muerte podía responder a las exigencias de la ataraxia, esa dulce impassibilidad ante el destino? Desde entonces, la figura se llama El Pseudo Séneca.

El doble busto de 1813, hoy en Berlín, muestra a los filósofos-mártires: de un lado Sócrates, con una barba crecida y un cuello desproporcionado, como si fuese un gordiflón; del otro Séneca, con una elegante calvicie, quizá prematura, y la nariz recta, al grado de romper de un tajo la armonía pétreo del conjunto. Se le lo ve decidido, enérgico; casi puede palpase su temperamento, como si lo exudara, los ojos fijos en un lugar lejano, la boca contraída y sus labios breves y anchos repiten el arco firme de las cejas. Un hombre diametralmente opuesto al ya conocido y tantas veces repetido Pseudo Séneca, un mártir aparejado a Sócrates, que bien podría suscribir las palabras:

“¿Juzgas a Sócrates maltratado porque, no de otra manera que como medicamento, para conseguir la inmortalidad escondió aquella bebida mezclada en público, disputando de la muerte hasta la misma muerte, y porque apoderándose poco a poco el frío, se encogió el vigor de las venas? ¿Cuánta más razón hay para tener envidia de éste, que de aquéllos a quienes se da la bebida en preciosos vasos; y a quien el mancebo desbarbado, de cortada o ambigua virilidad, acostumbrado a sufrir le deshace la nieve colgada del oro? Todo lo que éstos beben lo vuelven con tristeza en vómitos, tornando a gustar su misma cólera; pero aquél, alegre y gustoso beberá el veneno” (De la divina providencia 3).

Despojado del sufrimiento injustamente atribuido, a este verus Séneca poco le interesa pordiosear la iconografía cristiana.

Berlín. Agosto, 2004.